



Hay palabras de la Escritura que no solo informan: despiertan. Son como un soplo que abre los ojos del corazón. Hoy escuchamos una de ellas en Sofonías: “Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, que buscará refugio en el nombre del Señor”. Ese pueblo —pequeño, confiado— es el que Jesús comienza a reunir cuando elige a los Doce.

1. La obediencia de Jesús, origen del nuevo pueblo

La elección no es un trámite, sino fruto de la obediencia filial del Maestro, que hemos contemplado y celebrado en los últimos domingos. En esa obediencia, el Señor escucha al Padre y reconoce a quienes serán los cimientos vivos de la Iglesia. No son los más fuertes ni los más sabios: son hombres frágiles, llamados por su nombre. Así comienza a cumplirse la profecía: un pueblo humilde y pobre, sostenido por la gracia cielo.

2. La Iglesia naciente: un pueblo pequeño que confía

Representan al nuevo Israel, definido no por la sangre, sino por la adhesión al Cordero, Cristo-Jesús. San Agustín lo resume con fuerza: “Dios elige a los débiles para que nadie se gloríe en sí mismo, sino en el Señor”. La Iglesia nace desde la disponibilidad, no desde la autosuficiencia y es lo que le lleva a ser una comunidad orante. La oración de la Iglesia está recogida



en el Misal Romano. Un libro que atesora la plegaria que la Iglesia ha ido haciendo a través de los siglos. En este domingo cuarto, en la oración colecta, se le pide al Dios del cielo «*Concede nobis, Domine Deus noster, ut te tota mente veneremur, et omnes homines rationabili diligamus affectu*»; es decir: que le veneremos con toda el alma y amemos a todos los hombres con afecto espiritual. El texto latino dice con un *afecto razonable*; pero ¿qué significa afecto razonable? Es una expresión muy rica y que hace referencia a un amor maduro, no impulsivo ni ciego. No se trata de sentimentalismo, sino de caridad lúcida:

- Que sabe corregir.
- Que sabe esperar.
- Que sabe perdonar.
- Que sabe poner límites cuando es necesario.

Es un amor que nace de la verdad y a la verdad conduce. San Gregorio Magno afirmará que “*la verdadera caridad es madre de la disciplina*”. Y san Agustín, comentando la primera carta de Juan, escribe: “*Ama y haz lo que quieras... pero ama con rectitud.*” La caridad cristiana no es debilidad, sino fortaleza. No es ceguera, sino lucidez. No es permisividad, sino misericordia que busca el bien real del otro.

3. La ley del nuevo pueblo: las Bienaventuranzas



Este pueblo humilde y que confía en el Altísimo, por eso lo venera, lo adora, tiene una ley que le sostiene: son las Bienaventuranzas proclamadas en el evangelio de hoy. No son un código moral, sino un camino interior. San Gregorio de Nisa las llamaba “*la escalera hacia la verdadera felicidad*”.

Es la ley del pueblo humilde de Sofonías: los que no se aferran, los mansos, los limpios de corazón, los que lloran sin endurecerse, los que buscan la justicia, los misericordiosos, los perseguidos fieles, los que confían y por eso rezan siempre y en todo lugar. Es el “*signo*” que Dios quiere “*dejar en medio de ti*”; en medio de este mundo nuestro: un pueblo que vive desde el Evangelio.

Conclusión

El Espíritu es el que puede hacernos parte viva de este pueblo pequeño y luminoso, al que pertenecemos desde el bautismo. La obediencia de Jesús ha de inspirar la nuestra. Las Bienaventuranzas están llamadas a modelar y dar forma a nuestros gestos cotidianos, para que, junto a Él, vayamos edificando una Iglesia nacida de la pobreza y de la gracia. Solo así podremos vivir en la dinámica de la mansedumbre, que nunca es debilidad, sino fuerza humilde que transforma.



ORANDO CON LOS SALMOS



El Salmo 145 pertenece al tramo final del salterio, donde Israel canta desde una fe purificada. Ha aprendido que Dios no se manifiesta en el poder político, sino en su fidelidad constante a los débiles. Los rabinos lo expresarán así: *“Cuando cesa el apoyo de los hombres, comienza el apoyo del Santo, bendito sea.”* No se celebra una victoria visible, sino algo más hondo: la constancia de Dios cuando todo falla.

1. “El Señor hace justicia a los oprimidos”

En la Escritura, la justicia es lealtad a la alianza. Dios es justo porque no abandona. La tradición judía afirma que Dios se adelanta al clamor del oprimido; el Talmud dice que está siempre *“inclinado hacia el que cae”*. San Agustín añadirá: *“La justicia de Dios no pesa, levanta.”* Dios no es neutral: se sitúa del lado de quien no puede sostenerse.

2. “El Señor abre los ojos al ciego”

Para los rabinos, la ceguera es incapacidad de discernir el camino. Rabí Hillel enseñaba que el sabio es quien reconoce que necesita ser guiado. Abrir los ojos es devolver la humildad. La liturgia cristiana lo lee a la luz de Cristo, sin perder su sentido primero: Dios ilumina al que no presume de ver.

3. “El Señor endereza a los que ya se doblan”

El salmo habla de personas encorvadas por el peso de la vida. La tradición judía recuerda que la Torá fue dada a un pueblo cansado, no triunfante. Dios no exige rectitud perfecta: endereza lo que el tiempo ha encorvado. San Gregorio Magno dirá que Dios no reprende la debilidad, sino la soberbia; quien se reconoce doblado ya está siendo levantado.

4. El extranjero, el huérfano y la viuda

Estas figuras resumen la ética bíblica. Rabí Akiva enseñaba que amar al prójimo es el principio que sostiene todos los mandamientos. El salmo no idealiza a los pobres: los confía a Dios y, al mismo tiempo, juzga a la comunidad. Donde ellos no son guardados, Dios no reina.

5. “El Señor reina eternamente”

El salmo concluye proclamando un reinado sin ejército ni violencia. Los rabinos dicen que el Reino se hace visible cuando alguien es levantado, alimentado, protegido. La eternidad de Dios se mide por su fidelidad. La Iglesia, al rezar este salmo, reconoce que el reinado de Dios continúa allí donde alguien confía y es sostenido.

Este salmo no pide explicar a Dios, sino apoyarse en Él. No invita a dominar la historia, sino a vivirla con confianza. Allí donde el ser humano se reconoce hambriento, ciego, doblado, extranjero, allí —dicen Israel y la Iglesia— el Señor ya reina.



EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL
DE OVIEDO



IV domingo per annum A



Oración colecta



SEÑOR, Dios nuestro,
concédenos adorarte con toda el alma
y amar a todos los hombres con afecto
espiritual.

Adorar no es solo “honrar”, sino reconocer la grandeza de Dios y dejar que esa grandeza reordene nuestra existencia.